



E. K. JOHNSTON

**STAR
WARS** LA SOMBRA
DE LA REINA

 Planeta Cómics

**STAR
WARS**

LA SOMBRA
DE LA REINA

E. K. JOHNSTON

 Planeta Cómics

STAR WARS: LA SOMBRA DE LA REINA

QUEEN'S SHADOW

© & ™ 2022 Lucasfilm Ltd.

All rights reserved. Published by Disney • Lucasfilm Press, an imprint of Disney Book Group.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© por la traducción: Jaume Muñoz Cunill 2023

ISBN: 978-84-1140-377-1

Depósito legal: B. 16.104-2022 (10308853).

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.planetacomix.com

Web: www.planetacomix.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Twitter/Youtube: @PlanetadComic

CAPÍTULO 1

Padmé Amidala estaba completamente inmóvil. Su abundante melena castaña la rodeaba como una aureola, decorada por pequeñas flores blancas arrastradas por el viento que se habían instalado entre sus rizos. Su piel era pálida y perfecta. Su rostro estaba en paz. Tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre la barriga. Flotaba. Naboo seguía adelante sin ella.

Incluso ahora, al final, la observaban.

Era totalmente comprensible. Desde que había entrado en el escenario de la política planetaria, la gente se había convertido en el público de sus actos, observándola de forma incesante. Al principio hablaban sobre sus intereses y sus ideales, más tarde hacían comentarios sobre su elección como reina. Mucha gente había dudado de su firmeza ante una invasión, cuando las vidas y el bienestar de su gente dependieran de ella y solo ella pudiera salvarlos. Pero les había demostrado que estaban equivocados. Había gobernado bien. Había crecido en sabiduría y experiencia, y lo había hecho rápidamente. Se había enfrentado a los obstáculos implícitos de su posición con una actitud inquebrantable y sin miedo. Y ahora, todo esto había terminado.

Una leve perturbación, un movimiento mínimo en las aguas pacíficas, fue la única advertencia de Padmé antes del ataque.

Un brazo le envolvió la cintura, sumergiéndola en las aguas claras y poco profundas, manteniéndola el tiempo justo para que Padmé supiera que estaba en inferioridad de fuerzas.

La reina de Naboo salió a la superficie, escupiendo agua, mientras sus asistentes (sus amigas) reían a su alrededor, bañadas por el sol. Yané y Saché, que habían sufrido por su planeta durante la Ocupación. Eirtaé y Rabé, que habían contribuido a asegurarse de que su sufrimiento hubiera servido de algo. Sabé, que era quien se arriesgaba con más frecuencia y a quien Padmé apreciaba más. Juntas, estas jóvenes aparentemente despreocupadas constituían una verdadera fuerza, a menudo subestimada. Por muchas veces que demostraran su valía, la gente que las miraba se quedaba con su juventud y sus ropajes y no les prestaba atención. Y ellas preferían que fuese así.

El País de los Lagos era conocido por su privacidad. Aquí, incluso la reina podía pasar totalmente desapercibida, o al menos no despertar demasiada atención. Se había decidido oficialmente proteger el patrimonio natural de Naboo, mucho antes de firmar tratados con los gungan, y esto había reforzado el aislamiento de los lagos de la región. Lejos quedaba el ajetreo de la capital, y aunque fuese durante unos breves instantes, Padmé podía gozar de un poco de tiempo para ella. Bueno, para ella, sus asistentes, los guardias que al capitán Panaka le pareciera adecuado y todo el personal de servicio. La soledad resultaba ser algo bastante relativo.

Desde la playa, Quarsh Panaka observaba a sus guardias retozando bajo el sol con una expresión familiar en el rostro. Había insistido para traer a diez de sus guardias al lago, y Padmé finalmente se lo había concedido. Se había acostumbrado a este tipo de negociaciones a la hora de tratar con la reina, a pesar de que últimamente su relación se hubiera vuelto más fría y formal. Era un profesional, así que se quedó de pie en silencio, echando chispas por los ojos, consciente de que hoy precisamente su interferencia no iba a ser bienvenida.

—Te has dejado —protestó Saché. La más joven de las asistentes llevaba un traje de baño con el mismo corte que las demás, pero había una diferencia sustancial. Mientras que las demás lucían su piel lisa bajo el sol, los brazos, las piernas y

el cuello de Saché estaban cubiertos de cicatrices moteadas. Yané nadó hasta llegar junto a ella y pasó los dedos por el pelo de Saché.

—Aunque lo hubiera intentado, no te hubiese podido detener —dijo Padmé. Sacudió la cabeza, salpicando gotas de agua y haciendo caer las últimas flores. En aquel momento, sumergida hasta la cintura en las aguas resplandecientes del lago y hablando con su propia voz, hubieran podido confundirla por una chica normal, pero incluso ahora había algo en su porte que denotaba algo más—. Hubiese podido gritar... pero se me habría llenado la boca de agua.

—Y el capitán Panaka se hubiera visto obligado a rescatarte —añadió Sabé con la voz de Amidala. En un acto reflejo, Saché y Yané se pusieron rígidas justo antes de que Yané se vengara de la chica mayor salpicándole agua. Sabé se limitó a apartarse una flor de la mejilla y se quedó flotando, ajena al alboroto—. Has conseguido conservar la dignidad de mucha gente, por no hablar de un par de botas finas.

Despreocupada, pero no totalmente indiferente, Sabé hablaba lo suficientemente fuerte como para que la oyeran todas las que estaban nadando, además de varios de los guardias, que no ocultaban su diversión.

—Me habéis hecho envejecer prematuramente, mis señoras —dijo Panaka. Había un toque de calidez en su tono de voz, pero mantenía la distancia infranqueable—. Mi mujer no me va a reconocer cuando vuelva a casa.

—Tu mujer no tendrá ese problema —dijo Mariek Panaka, que estaba a tres pasos de él. No iba de uniforme, porque había estado nadando con la reina. Iba envuelta en un sarong de color naranja intenso que hacía que su piel marrón resplandeciera bajo el sol de última hora de la mañana. Las gotas de agua que caían de su pelo oscuro le recorrían toda la espalda.

—Bueno —dijo Padmé, nadando hacia la orilla, seguida de Sabé—. Pronto podremos descansar.

Por fin había llegado el momento de hablar del veermok en la habitación. Porque se acercaba el fin, y ni la belleza del País de los Lagos de Naboo ni la mejor de las compañías podía evitarlo. Cuando finalizara el proceso de elección y se anunciara la nueva reina de Naboo, Padmé Amidala iba a tener que buscar otra tarea, profesión o vocación, y buena parte de su séquito iba a tener que hacer lo mismo. Algunos, como Panaka, ya tenían ganas de que llegara el momento de retirarse... si es que en Naboo alguien se retiraba. Padmé imaginaba que Panaka había recibido varias ofertas de trabajo, pero ya no hablaban de asuntos tan personales. Las más jóvenes, como Eirtaé o Saché, iban a buscarse su propio futuro. En la música, en la medicina, en la familia, en la agricultura... o en una combinación de todos estos mundos. Era el momento de soñar. Se acercaban cambios, y se acercaban rápido. Nadie, ni siquiera Sabé, se había atrevido a preguntarle a la reina por sus planes.

Rabé se puso en pie y siguió a la reina. Eirtaé se zambulló una vez más, a modo de despedida, y entonces se sumó a las demás. Juntas, salieron del agua. No estaban obligadas a hacerlo, ya que había muchos guardias y estaba Sabé, pero seguían a la reina siempre que podían. Muy pronto, ya no iban a poder hacerlo.

Lejos de la casa del lago, Naboo estaba votando. Los engranajes de la democracia estaban bien engrasados, y varios siglos de tradición hacían que este acontecimiento bienal transcurriera sin problemas, incluso con la incorporación de votantes gungan por segunda vez en la historia del planeta. Aunque pocos de ellos habían decidido votar, Padmé sabía que sus esfuerzos por incluirlos se apreciaban, porque así se lo había dicho el Jefe Nass. En voz alta. Naboo no estaba tan unido como a ella le hubiese gustado al final de sus cuatro años de servicio, pero la gente estaba contenta con lo que Padmé había hecho.

Casi demasiado contenta, al parecer. Una facción había tratado de enmendar la constitución para que Padmé pudiera volver a reinar. Esto solo se había intentado una vez en el

pasado, durante una época de gran agitación en Naboo, y Padmé no veía razón alguna para luchar por algo que ni quería ni creía que fuese lo correcto. Le había dedicado cuatro años a Naboo, y había llegado la hora de que liderara otra visión, otras acciones. Esta era el alma de la democracia de Naboo. El cambio y el servicio en períodos cortos era mejor que un gobierno estancado, y Padmé estaba contenta desempeñando el papel que conllevaba su cargo.

—¿Ni siquiera has sentido la tentación? —le había preguntado Sabé cuando había llegado el mensajero con la enmienda para que la leyera Padmé, y ella se la había devuelta sin firmar tras una mirada brevísima. Era lo más cerca que habían estado jamás de debatir sobre el futuro.

—Por supuesto que he sentido la tentación —había respondido Padmé. Entonces se había acomodado en su asiento, y Sabé había seguido peinándola—. Mientras leía la propuesta, he pensado en más de diez cosas más que podría hacer con otro mandato. Pero no es así como funcionan nuestros legados. No aquí. Servimos, y luego dejamos que sirvan otros.

Sabé no había dicho nada más.

Ahora, envueltas en sarongs de colores vívidos en la orilla del lago, recuperaron sus sandalias y siguieron a los guardias hacia la casa. Cuando llegaron a la colina cubierta de hierba donde empezaba la amplia escalinata de piedra, Padmé se detuvo para limpiarse los pies. Todos se detuvieron con ella.

—Arena —dijo Padmé, como única explicación.

—Estoy segura de que los droides domésticos agradecen vuestros esfuerzos, alteza —comentó Eirtaé. Su rostro estaba serio como era propio de las asistentes, así que poca gente percibió el chiste.

Los escalones no eran muy empinados en este lado de la casa. El puerto (utilizado para embarcaciones acuáticas; no había espacio para que aterrizara una nave) estaba en el otro lado de la finca, y esos escalones estaban tallados directamente en el espolón sobre el cual se alzaba la casa. Esta escalinata

había sido construida como un acceso al agua, y por lo tanto el ascenso era bello y agradable. Padmé y Mariek iban delante. Luego iba Panaka, seguido del resto de asistentes y guardias, como si de un grupo de patitos se tratara.

Sabé se había detenido abajo para abrocharse las sandalias. Padmé percibió la mueca de Sabé al darse cuenta de que efectivamente todavía tenía arena entre los dedos de los pies. Sabé sacudió las sandalias para limpiarlas tanto como pudo y luego empezó a subir a un ritmo casi ocioso. Sabé raramente se permitía divagar cuando estaba con la reina. Pero en estos momentos en los que había tan poco en juego y se acercaba un cambio pacífico, Padmé se alegró de verla relajarse cuando el sargento Tonra la alcanzó para caminar a su lado. Era ligeramente más alto que Panaka, con piel blanca que solía estar pálida, aunque dos semanas bajo el sol le habían enrojecido significativamente el rostro. Había bajado por la escalinata cuando Padmé había decidido volver a la casa, pero el esfuerzo no parecía afectarle.

—Hay varios mensajes para su alteza —le dijo en voz baja a Sabé, aunque Padmé logró oírlo—. Ninguno de ellos es urgente, pero uno es oficial y requerirá que la reina lo abra en persona.

—Gracias, sargento —respondió Sabé, competente como siempre—. Nos ocuparemos de ellos inmediatamente.

Tonra asintió con la cabeza, pero no se retiró. Padmé esperaba que Sabé se encrespara, como hacía siempre cuando pensaba que alguien quería protegerla. Sin embargo, mostraba más indulgencia con toda la gente que había luchado en la Batalla de Naboo, como era el caso de Tonra. Sabé era tan reservada con su propia privacidad como Padmé con la suya, aunque por razones distintas. Padmé pensó que tal vez Sabé se permitía por fin disfrutar de las vistas.

A medida que subían, el lago se hacía más grande. Sus aguas reflejaban el cielo con tanta perfección que, si no fuera por unas pocas olas, alguien podría llegar a pensar que el cielo

y el agua habían cambiado inexplicablemente de posición. Las verdes colinas que se elevaban desde la orilla también descendían hacia las profundidades, y las nubes voluminosas que decoraban el cielo azul se reflejaban exactamente en el azul del agua. Era como si alguien hubiera juntado dos cuencos, cuyos bordes constituyeran el horizonte arbolado. No había indicio alguno de construcciones humanas que sobresaliera por encima de los árboles, exceptuando la casa a la que se dirigían. Por encima de sus cabezas, en el cielo no había ni rastro de naves, de droides de grabación o cualquier otra cosa que pudiera romper el silencio con ruidos no deseados.

La casa estaba hecha de roca amarilla, con un tejado de tejas rojas decorado con cúpulas verde cobre. Había varias secciones, cada una de las cuales con su propósito, desde aposentos a cocinas. Las secciones estaban conectadas por una serie de elaborados jardines. La casa y todo su recinto le pertenecía al gobierno, y Padmé la había utilizado de retiro durante buena parte de su carrera, desde que era una niña y participó en el programa legislativo júnior. No era propietaria de ninguna sección de la casa, pero había dejado sutilmente su rastro en la distribución y la decoración, dejando claro que era un lugar que apreciaba mucho. Era un oasis, un refugio. Padmé siempre había venido aquí a relajarse. Y aunque en teoría esta era la visita más relajante que había hecho, para cualquiera que la viera resultaba evidente que era incapaz de estar tranquila.

La reina había llegado dos semanas antes para realizar la reclusión habitual durante la campaña final, y hoy había llegado el día de la elección. Oficialmente Padmé era neutral en cuanto a su sucesora, aunque evidentemente había cumplido con su deber cívico y había votado. Unos días antes un droide se había ido con todos sus votos, pero no habían hablado de política más de lo absolutamente necesario desde que habían llegado aquí. En esa mañana, no se había dicho ni una palabra sobre el tema. Padmé había hecho campaña sin oposición para su segundo mandato, aunque se habían presentado algunos

candidatos independientes, como ocurría siempre. Esta era la primera vez que se despreocupaba de la política de su planeta desde que había iniciado sus estudios. Le gustaba que fuera así, aunque a la vez le resultaba profundamente inquietante, en un modo que no podía explicar.

Padmé confiaba en que el agotamiento físico de la natación la ayudara. Hacía muchos meses que no nadaba hasta la isla, aunque sus asistentes siempre estaban dispuestas a intentarlo. Pensaba que el cansancio la ayudaría a no pensar. Pero en lugar de ello, sus pensamientos se habían limitado a reordenarse. Ni siquiera los juegos de Saché la habían ayudado.

Tenía mucho en lo que pensar. ¿Quién sería cuando no fuera la reina de Naboo? Había entrado en política tan temprano y con tanta entrega, que no tenía otra identidad. Había tomado a cinco asistentes, y todas ellas se habían formado una personalidad en función de sus roles, hasta el punto de que todas habían asumido nombres en su honor después de ser elegidas. ¿Quiénes eran sus asistentes cuando se permitían ser ellas mismas? Todo el mundo sabía que Rabé soñaba con la música, mientras que Yané soñaba con una casa llena de niños, en la que también viviría Saché. Las demás también tenían sus sueños. Pero para Padmé resultaba más difícil verse en cualquiera de esos futuros. ¿Iban a tener espacio en sus vidas para Padmé Amidala cuando ya no fuese su reina? Y si así fuese... ¿quién sería Padmé?

—Vais a caer si no dejáis de soñar despierta —advirtió Mariek, que subía las escaleras a su lado—. Menuda forma de terminar vuestro mandato... cayendo por las escaleras porque estabais pensando demasiado en cosas en las que ya no deberíais estar pensando.

—No puedo evitarlo —reconoció Padmé. Nunca podía evitarlo—. Pero tienes razón. Voy a esperar a estar sola para entregarme tan profundamente a mis pensamientos.

—Nunca estáis sola, mi señora —objetó Mariek—. Y no me refiero solo a todo esto. —Hizo un gesto señalando al séquito

de la reina y sonrió—. Todo va a ser distinto. Vais a ser distinta. Pero sois inteligente, encontraréis una vía.

—Gracias —respondió Padmé—. Resulta extraño querer dos cosas que son totalmente distintas la una de la otra. Estoy preparada para parar, pero también siento que podría haber hecho más.

—Lo sé —dijo Mariek—. Por eso voté escribiendo vuestro nombre.

—¡Eso es un voto perdido! —protestó Padmé, deteniéndose de repente. Todo el séquito se detuvo también, y levantaron la mirada para ver por qué la reina se había detenido—. Además, se supone que no tienes que decirme por quién has votado.

Mariek se echó a reír. Quarsh subió unos escalones y cogió el brazo de su mujer.

—No te burles de reina, cariño. Sé por experiencia que tiene su forma de hacértelo pagar. Aunque ahora tenga poco tiempo, tengo total confianza en sus habilidades. —Durante un momento volvió a ser su capitán, el que las había entrenado a todas tan bien, antes de que la precaución se convirtiera en paranoia. Padmé lo echaba mucho de menos.

Mariek se rio todavía más.

—¿Mi señora? —Panaka le ofreció el otro brazo—. Sé que no lo necesitáis, pero me hace muy feliz ofrecer mi soporte.

—Por supuesto, capitán —respondió Padmé con un tono bastante formal. Aceptó su brazo y retomó el ascenso—. Ya que estoy tan cerca del final de mi mandato como reina, me corresponde mostrar un juicio mesurado en todas las cosas.

—Siempre lo habéis hecho, mi señora, incluso cuando no estábamos de acuerdo —dijo Panaka. Era casi una oferta de paz—. Por eso yo también he votado por vos.

La reina de Naboo se rio, iluminada por la luz del sol, mientras llegaba a la casa con sus compañeras y sus guardias. La gran puerta de entrada estaba abierta, ya que este era un lugar de paz y reflexión, y nunca había tenido que defenderse

de una fuerza hostil. Se adentraron en el tranquilo patio ajardinado, donde iban a esperar a que llegaran las noticias. A sus espaldas quedaban el mundo exterior y la votación, de la que dependía cómo iban a ser esas noticias. La reina Amidala entró en la casa como regente de un planeta por última vez.